

## **Republicanism, populismo, socialismo**

En estas páginas analizamos la dicotomía propuesta como marco conceptual por los organizadores del seminario sobre LA HISTORIA DEL PARTIDO SOCIALISTA EN ARGENTINA. “NUESTRA HISTORIA DESDE TODAS LAS VOCES”. Para eso es importante considerar previamente los presupuestos de esa categorización: por un lado la idea “republicana” y por otro, los debates actuales sobre el concepto de “populismo”. Ello con el objeto de aportar una visión acerca de cuál debería ser la perspectiva socialista sobre esta problemática, a la luz de los desafíos que nuestro Partido afronta en la actualidad.

### **LOS PROBLEMAS DE LAS PALABRAS**

El lenguaje natural tiene algunas características persistentes, como la ambigüedad y la vaguedad: palabras que utilizamos de manera cotidiana pueden poseer más de un significado (o incontables connotaciones), o bien significados imprecisos, de límites borrosos. En ambos casos, sólo el contexto permite identificar (y nunca de manera definitiva) el alcance de la palabra utilizada. Por otro lado, los lenguajes artificiales (técnicos o científicos) procuran eliminar la vaguedad y la ambigüedad, pero esa labor (imposible en el lenguaje natural) se logra al precio de reducir su alcance. Así, la palabra dejará de ser vaga o ambigua pero solo para el conjunto de hablantes que previamente se ponga de acuerdo en el significado (por ejemplo: la noción de “sistema” tendrá un sentido exacto para los biólogos, pero otro distinto para los economistas, y un tercero para los informáticos).

Esa dificultad para conceptualizar términos se expresa en las ciencias sociales y en la filosofía política, y se aprecia en debates tales como el alcance de “democracia”, “republicanismo” o “populismo”. Y, por supuesto, también “socialismo”.

Una manera de restringir los términos –y con ello acordar su alcance— es remitirse a la historia de su uso. Otra forma es contrastarlos con la realidad que pretenden describir. En estas páginas exploramos ambas vías.

Como cuestión metodológica, hacemos nuestra una añeja recomendación que juzgamos muy útil para el análisis adecuado a un estudio socialista crítico: del mismo

modo en que históricamente negamos la caracterización que de sí mismos daban los denominados “socialismos realmente existentes” —ni admitiríamos la que los populismos ofrecen de sí mismos—, la perspectiva socialista sobre la idea de “república”, debe ser crítica, y no asumir como veraces u objetivas las características que las democracias capitalistas realmente existentes (DCRE) afirman de sí mismas. Sus aspiraciones declamadas u horizontes normativos no aparecen como caracteres observables o corroborados, o al menos están sujetos a la posición desde la cual se observa.

En otras palabras: para estudiar cualquier suceso o proceso, es menester no sólo reparar en lo que nos *dice de sí mismo*, sino sobre todo en lo que *hace*.<sup>1</sup> No hay otra manera conocida de evitar la confusión de las palabras con los hechos, el texto con el contexto, el relato con la realidad.

## EL REPUBLICANISMO

En principio, la idea de “república” como forma de gobierno no es en sí misma sinónimo de “democracia”, al menos en el sentido dado al término en la Edad Contemporánea<sup>2</sup>. Han existido repúblicas autoritarias y despóticas. Y a la inversa: una monarquía (que se basa en un principio antirrepublicano, la herencia de la Jefatura del Estado) puede ser considerada democrática<sup>3</sup> a partir de una serie de parámetros procedimentales: 1) autoridades públicas electas; 2) elecciones libres y limpias; 3) sufragio universal; 4) derecho a competir por los cargos públicos; 5) libertad de expresión; 6) información alternativa; 7) libertad de asociación, entre otros<sup>4</sup>.

---

<sup>1</sup> "Mientras que en la vida vulgar y corriente cualquier tendero sabe perfectamente distinguir entre lo que alguien dice ser y lo que realmente es, nuestra historiografía no ha logrado todavía penetrar en un conocimiento tan trivial como éste. Cree a cada época por su palabra, por lo que ella dice acerca de sí misma y lo que se figura ser." Carlos Marx, *La Ideología Alemana*, Ed. Pueblos Unidos. Montevideo, 1959.

<sup>2</sup> El derecho romano habla de la **res publica**, aquello que pertenece al pueblo, la gestión pública, ‘donde’ pueblo se define por el derecho común y la utilidad común. En contraste con la **res privata** que concierne al patrimonio y al comercio, y pertenece al ámbito de la casa, el *domus*.

<sup>3</sup> Robert Dahl propuso utilizar la expresión “poliarquía” en lugar de democracia, entendiendo esta última como una aspiración ideal, inalcanzable. En cambio la poliarquía sería el gobierno de muchos, pero no de todos. Citado por Guillermo O’Donnell, en *¿Democracia delegativa?* Kellogg Institute, marzo del 1992.

<sup>4</sup> Estos son los siete atributos propuestos por Dahl. Guillermo O’Donnell, en la obra ya mencionada, propone añadir otros cuatro: 8) que las autoridades electas terminen sus mandatos en los plazos legalmente establecidos; 9) que no estén sujetas a restricciones en su decisión por parte de actores no electos (por ejemplo las fuerzas armadas); 10) que esté definido de modo indiscutido el *demos* votante; por último, 11) que el proceso electoral y las libertades contextuales se mantendrán en un futuro indefinido. Como puede verse, la rigurosidad con la que se apliquen estos requisitos (en la que incide la mirada del observador) podría dejar afuera a numerosos países que se reclaman democráticos.

Como teoría política, el republicanismo se propone como el modelo de gobierno óptimo para un Estado, y en sentido estricto, ese modelo se define en oposición a las otras formas clásicas (aristotélicas) de gobierno: la monarquía y la aristocracia (así como a sus respectivas corrupciones: el despotismo y la oligarquía; como es sabido, la corrupción de la república es la demagogia). Por extensión, se refiere a un sistema político que protege la libertad y especialmente se fundamenta en el derecho, en la ley como expresión de la voluntad soberana del pueblo y a la que no puede sustraerse nunca un gobierno legítimo.

Se ha escrito mucho sobre qué tipos de valores y comportamientos deben tener los ciudadanos de una república para su desarrollo y éxito; se suele hacer énfasis generalmente en la participación ciudadana, valores cívicos y su oposición a la corrupción.<sup>5</sup> En ese aspecto, los teóricos suelen estudiar qué formas de democracia son más consistentes con el ideal republicano, contrastándolo con otros ideales normativos, como el del liberalismo. Así, la democracia (entendida como la esfera pública moderna, el Estado de la modernidad) se puede leer de distintas maneras: la mirada **liberal** destacará la defensa de los derechos individuales frente a los abusos del poder público y la protección de la seguridad de la persona y la propiedad. La posición **republicana** moderna, por su parte, se interesará por el “bien común” y propondrá una ciudadanía activa y participativa en la vida pública.

A este abordaje podría acoplársele (sobre todo para los socialistas) una mirada que no descuide, al tiempo que su dimensión teórica general, la práctica concreta de los Estados modernos pretendidamente republicanos, es decir de las democracias capitalistas realmente existentes (DCRE). En esa perspectiva es difícil sostener que las poderosas ideas de *Libertad, Igualdad y Fraternidad*, se reflejan en los rasgos concretos de su vida social. La preponderancia discursiva del concepto de ciudadanía se contrapone con la existencia de “ciudadanos” que *no son* libres e iguales, que no poseen derechos plenos de participación y expresión “en cualquier orden de la vida cotidiana y social”, todo lo cual configura una serie de promesas incumplidas de las DCRE.

Por eso conceptualizar el republicanismo es aun más problemático si se pretende aplicar a “una práctica concreta de Estados de Derecho y naciones políticamente organizadas bajo dicha forma de gobierno”. En América Latina, en su

---

<sup>5</sup> “En una forma genuinamente republicana de democracia, los ciudadanos participan en la vida política a partir de su preocupación profunda y compartida por la justicia de los resultados, se preocupan y trabajan en pos del bien común: el de la comunidad en su conjunto. Y un bien será común en la medida en que no puede ser incrementado –o decrementado– para ningún miembro del grupo sin ser a la vez incrementado –o decrementado– para otros miembros del grupo”. Pettit, P. (1999) *Republicanism*. Barcelona, Paidós.

práctica concreta, “el republicanismo ha sido –en el mejor de los casos– una manera de repartirse el gobierno a la inglesa y el ingreso nacional a la africana, con apoyo de las fuerzas armadas y la iglesia”<sup>6</sup>.

No obstante, un consenso extendido en la contemporaneidad en relación con el republicanismo, entiende como positivo el abandono de la idea de una verdad única para dar paso a la confrontación de diversas “verdades” que permitan encontrar un espacio común (“minimum”) de consensos, en los que no se logrará unanimidad, sino concesiones y postergaciones de partes para la construcción de respuestas superadoras más amplias. Es por ello que esta forma de gobierno precisa de la libre participación ciudadana expresada a través de canales diversos. Se trata, no obstante, de cuestiones en debate: en la democracia republicana ¿es legítimo participar del debate para cuestionar sus presupuestos? ¿No es eso precisamente, lo que proponen algunas de las formas de los populismos??

La idea de que el sistema republicano “garantiza el poder de las instituciones al proponer normas y procedimientos que permiten evitar la discrecionalidad y los personalismos” adolece de los mismos problemas. A nivel teórico es posible afirmar que “la división de poderes opera como sistema de pesos y contrapesos”, o que “al constituir un Estado de Derecho, la República garantiza que los gobiernos puedan realizar transformaciones económicas y sociales estructurales”. Pero en el nivel de contrastación con la realidad, la proposición correcta parece más bien la opuesta: la trama institucional de los Estados de Derecho, se presenta como un obstáculo (a veces el principal) a la pretensión de realizar transformaciones económicas y sociales estructurales<sup>8</sup>. De ese hecho, el populismo suele derivar una serie de consideraciones que refuerzan su desprecio por determinadas instituciones republicanas (por ejemplo, el Poder Legislativo) en beneficio de aquellas que caen en la órbita decisoria del “líder”.

Esa trampa argumental también puede desbaratarse con la contrastación con la práctica concreta de las repúblicas: los obstáculos institucionales pueden ser modificados, removidos y rediseñados, en un sentido republicano de democracia (y no

---

<sup>6</sup> Carlos Gabetta, “Peronismo y ‘socialismo del Siglo XXI’”, en *La Vanguardia del Partido Socialista*, abril de 2013.

<sup>7</sup> Por poner unos pocos ejemplos: para proponer la abolición de determinadas libertades, postular el regreso la monarquía o restringir los derechos de determinado sector. La respuesta no es tan obvia como parece: véase cómo procesan las DCRE la flagrante contradicción entre el concepto de ciudadanía al que adhieren como firmantes de los Pactos Internacionales en materia de derechos humanos, y las trabas concretas a los inmigrantes, que cercenan su derecho a la libre circulación, consagrados a nivel planetario en esos pactos.

<sup>8</sup> Piénsese por ejemplo, en el principio incluido en la Constitución Nacional estableciendo que “el pueblo no delibera ni gobierna sino a través de sus representantes”, que se contradice con los mecanismos de participación ciudadana incorporados en 1994 en la Reforma Constitucional.

populista) sin mayores traumas<sup>9</sup>. Y a la inversa: los resultados concretos derivados de las políticas populistas que suprimieron o restringieron instancias institucionales republicanas (como por ejemplo la separación de poderes) han conducido, sin excepción, a restricciones a las libertades individuales y, en la abrumadora mayoría de los casos, a situaciones reales de regresión a menores niveles de libertad e igualdad para los sectores sociales más desfavorecidos.

## ¿EL O LOS POPULISMOS?

El uso de la palabra “populismo” presenta una serie de dificultades. Es sintomático el hecho de que el término no está recogido en el Diccionario de la Real Academia Española. Una muestra, evidentemente, de las dificultades a las que hacemos mención<sup>10</sup>.

La primera de ellas es que –quizás a consecuencia de la ambigüedad y la vaguedad ya mencionadas, o por la deficiencia teórica de su formulación– las formas que asume no son descriptivas, sino valorativas: la utilización de “populismo” es, casi siempre, peyorativa<sup>11</sup>. Vale decir: su uso corriente se viene generalizando como negativo (aunque también puede ser positivo) de acuerdo a las coordenadas teóricas de quien lo usa. Un orador lo usará como ataque a su adversario; otro lo hará como defensa de sus políticas. El riesgo actual es que la simplificación se extreme, de modo que se convierta en una no-palabra (al estilo de lo que ha pasado con la palabra “hegemonía”, utilizada como sinónimo de “pretensión de dominio”, que se ha convertido en muletilla de buena parte de la dirigencia política y de los comunicadores, e irreversiblemente alejada de la definición gramsciana original).

---

<sup>9</sup> Para seguir con el ejemplo anterior: basta con reformar la Constitución. Gargarella afirma: “El artículo 22 de la Constitución Argentina es expresión de una filosofía política que hoy repudiamos; una filosofía que nuestra propia Constitución rechaza en cantidad de otros artículos, y que ha sido consistentemente repudiada a lo largo de los años, y en cada reforma constitucional (...) el artículo 22 contradice y pone trabas a la consolidación y expansión de nuestro renovado esquema constitucional, ofendiendo sus más elementales rasgos igualitarios. (...) El artículo 22 es expresión de un mundo constitucional pasado, pero que sin embargo, y sin darnos cuenta, nos toma de los pies e impide que afirmemos el deseado proyecto de una comunidad de iguales. R.G. “El artículo 22 y el proyecto de una comunidad de iguales”. Ponencia en las *Jornadas sobre “Una Constitución para el Nuevo Siglo”*. 18 y 19 de mayo de 2010. Fundación Igualitaria.

<sup>10</sup> Aparece, no obstante, populista, con la única acepción de “perteneciente o relativo al pueblo”. DRAE, 2013.

<sup>11</sup> “El término ‘populismo’ se emplea con un marcado sentido ideológico, sobre todo cuando se le utiliza, no como un término descriptivo teórico, neutro, sino como un término axiológico, valorativo, y de signo especialmente despectivo o negativo”. G. Bueno, *Notas sobre el concepto de populismo*.

En el uso académico, y hasta la aparición de una ola de intelectuales que la reivindicaban —encabezados por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, entre otros— la palabra se había generalizado “como insulto, estigma, marca caricatural o *slogan*”<sup>12</sup>.

Sin embargo la bibliografía acerca del alcance y significado de la palabra “populismo”, es vastísima y seguramente motivará aun por mucho tiempo a politólogos y sociólogos la tarea de aportar mayores precisiones. Usualmente la palabra designa a un conjunto de fenómenos y procesos sociales que no está claro que puedan representarse conceptualmente con un solo término, dado que poseen elementos comunes y otros que los hacen diversos.

Por otra parte, hay quienes procuran explicar el populismo como fruto de la existencia de determinados prerrequisitos de tipo estructural; otros lo ven como una ideología, y no faltan quienes prefieren un análisis específico para cada proceso afirmando que los llamados populismos en realidad no son uno, sino muchos.

La amplitud del espectro de prácticas políticas concretas que pueden caer bajo la categorización de “populismo” no es el aspecto menos sorprendente de las elaboraciones teóricas sobre el tema. Los autores que han estudiado el fenómeno y pretenden describirlo<sup>13</sup>, suelen rotular como populistas desde Hugo Chávez hasta Silvio Berlusconi; desde Cárdenas, Perón y Getulio Vargas, hasta Carlos Menem y George W. Bush, desde Fidel Castro y Fujimori hasta Obama y Amadhinejad; desde Evo Morales hasta Jean Marie LePen o Vladimir Putin. Uno de los estudiosos del tema comienza diciendo que “nunca los populismos se parecen entre ellos”<sup>14</sup>.

A favor de que hay “un” populismo, aun reconociendo particularidades en cada uno de los procesos, juegan todos aquellos elementos comunes a estas experiencias y que entre otros podrían ser:

- La existencia de un líder carismático, el que logra una comunicación directa con una entidad denominada “pueblo”, que tiene límites y componentes sociales diferentes para distintos casos. El pueblo no delega sino que se expresa a través de su líder. Esto trae aparejadas cuestiones como: un parlamento que “representa” al pueblo tiene menos entidad que el líder que lo expresa; toda voz disonante no es otro modo de ver las cosas, sino conspiración; al líder lo acosan poderes reales o contruidos discursivamente, a veces concretos y a

---

<sup>12</sup> Así lo señala Franco Savarino en “Populismo: perspectivas europeas y latinoamericanas”. En *Espiral* N°37, 2006.

<sup>13</sup> Por citar sólo algunos: Germani, Di Tella, Canovan, Shills, Lloyd Fallers, Pitkin, Hermet, Taguieff, Jaguaribe, etc

<sup>14</sup> Giulio Adinolfi, “Las estructuras de los populismos: diferenciación funcional en el populismo latinoamericano”. En *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*. Madrid 2010

veces difusos; lo “nacional” se subsume en el líder, al que se equipara con los fundadores de la identidad de la nación.

- La promesa de la resolución inmediata o en corto plazo (lo que se entiende por “demagogia” en el sentido vulgar) de las reivindicaciones sentidas o demandadas por los sectores que sufren carencias, sean materiales o sociales, relacionadas con la igualdad, la justicia y la inclusión. Esto sería posible sin estrategias de largo plazo ni dolorosas experiencias revolucionarias.
- El establecimiento de un modo de análisis de baja complejidad para lo cual es necesario en muchos casos la reducción de la realidad a dos polos opuestos (amigo-enemigo, bueno-malo, ayuda-no ayuda, pueblo-antipueblo, etc). En los casos más extremos, la adhesión o no al líder y su causa, define el reconocimiento de la identidad, en una versión remozada del maniqueísmo de matriz religiosa (“quien no está conmigo está contra mí”, quien se opone al líder, es antipueblo o antipatria, aun si para las categorías sociológicas pertenece a los sectores populares o pese a no ser extranjero).
- Si bien se reconoce como fuente de poder al pueblo, ese reconocimiento es “excluyente”: la representación democrática, el Parlamento, los modos de gobierno y gestión republicanos, aunque reconozcan al pueblo como fuente de poder, son concebidos como obstáculos para la acción del líder en beneficio del pueblo.
- Suele presentarse a sí mismo como una representatividad diferente a la clásica, e incluso como “la genuina democracia”, encarnada en un movimiento político que representa a las clases populares sin las limitaciones de la democracia liberal, que es vista como una imposición oligárquica de una minoría económica a la clase política.
- La ambigua relación con las formas republicanas prohija fenómenos de corrupción económica que aparecen con mucha frecuencia asociados a estos procesos.

Estos elementos comunes no agotan el listado. Hay otros de menor entidad. También es cierto que hay muchos otros que diferencian notablemente los denominados populismos, algunos de ellos son:

- Qué se incluye en lo que se denomina pueblo. Para algunos, el pueblo es la porción de la sociedad que dentro de las fronteras de un estado nación sufre las consecuencias y carencias propias de una dominación oligárquica autóctona; para otros, es toda una sociedad que constituye un estado nación que sufre una dominación extranjera que puede tener socios oligárquicos autóctonos o no; también puede ser el enemigo extranjero no dominante pero que amenaza el modo de vida tradicional (cultura, puestos de trabajo, modos de vida, etc.) de una nación. Este aspecto determina también mucho de la relación del populismo con el nacionalismo y constituye una de las diferencias esenciales entre los populismos europeos y los latinoamericanos.
- La definición de pueblo se determina biunívocamente con la definición del enemigo contra el cual luchar o antipueblo. Pueden ser las oligarquías locales, la extranjería en sociedad o no con oligarquías locales, sea dominante o no.

Si bien analizar los populismos bajo el eje derecha-izquierda parece llevar a ningún lado, en sus manifestaciones concretas pueden aparecer en un polo o en otro y también a la inversa. De allí el dicho popular: “guiña a la izquierda y dobla a la derecha”. Estos rasgos son señalados incluso por sus apologistas<sup>15</sup>. De aquí también que en muchos procesos populistas se elabore un discurso libertario y épico mientras la praxis resulta en gran medida ortodoxa y más proclive a consolidar el *status quo* que a modificarlo<sup>16</sup>.

Para el caso de los populismos europeos, se constituyen principalmente en la modernidad en la primera mitad del siglo XX y los más trascendentes derivan en los procesos más fulgurantes del fascismo italiano y el nazismo alemán, nacen al calor de la necesidad por parte de las burguesías locales de frenar el avance del comunismo. Parece hoy aceptado mayoritariamente que el fascismo es necesariamente populista pero que el populismo no necesariamente es fascista. En la actualidad los movimientos o partidos populistas europeos tienen que ver mucho con una reacción defensiva de modos de vida tradicionales amenazados por la globalización y la inmigración.

---

<sup>15</sup> El lenguaje de un discurso populista (...) siempre va ser impreciso y fluctuante: no por alguna falla cognitiva, sino porque intenta operar performativamente dentro de una realidad social que es en gran medida heterogénea y fluctuante”, dice Ernesto Laclau en *La razón populista*. Ed. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005.

<sup>16</sup> Para Torcuato Di Tella, el populismo se aplica “sobre todo en América Latina” a “movimientos políticos con fuerte apoyo popular, pero que no buscan realizar transformaciones muy profundas del orden de dominación existente”. Citado por Nelson Pineda en *El Ocaso Del Minotauro, o, La Declinación de la Hegemonía Populista en Venezuela*. Universidad de Los Andes, 2000.



Para el caso de los populismos latinoamericanos, nacen principalmente del reclamo de inclusión y participación de diversos sectores sociales emergentes ante estados que si bien estaban estructurados al modo de repúblicas liberales, estaban fuertemente dominados por oligarquías locales. Los movimientos populistas, de esta manera, posibilitaron la incorporación e inclusión de sectores sociales emergentes a la gestión estatal, lo que posibilitó la concreción y realización de reivindicaciones sociales y económicas de grandes masas marginadas por el estado republicano oligárquico. El caso argentino con el peronismo es paradigmático.

La Argentina ha sido escenario (todavía lo es) de experiencias populistas que han oscilado entre un liberalismo económico a ultranza, sostenido ideológicamente por la escuela de Chicago de Milton Friedman, y una heterodoxia económica que, sin renegar del capitalismo, aparece en el discurso y la praxis como muy reformadora pero sin tocar el núcleo duro de la estructuración capitalista.

### **Los populismos, vistos desde el socialismo**

A fines del siglo XIX y principios del XX en la Argentina se da un proceso acelerado de estructuración de un estado nación bajo el influjo del liberalismo político y de un capitalismo impulsado y delineado a su medida por sectores propietarios de grandes extensiones de tierras. De aquí el modo de la importante inserción del país en el comercio internacional adoptando hacia adentro una estructuración productiva agroexportadora.

Al influjo del crecimiento en la actividad económica del período antes mencionado, se verifica una corriente inmigratoria muy importante constituida principalmente por pequeños artesanos y marginados urbanos y campesinos de Europa. Especialmente los inmigrantes provenientes de sectores proletarios urbanos traen consigo sus ideas y conciencia de clase, que se manifiesta en la Argentina a través de un alto grado de sindicalización y activismo de los sectores obreros y de pequeños artesanos. Así es como alcanzan alto grado de desarrollo corrientes anarcosindicalistas, comunistas y el propio Partido Socialista, que a partir de fines del siglo comienza a organizarse constituyendo lo que Aricó ha caracterizado como el más coherente y radical plan de democratización de la sociedad argentina<sup>17</sup>.

---

<sup>17</sup> “Como resultado de una tenaz y admirable actividad cotidiana, los socialistas lograron formar un conjunto de instrumentos de vida democrática colectiva tales como sindicatos, sociedades de socorros mutuos, cooperativas de vivienda y de consumo, círculos socialistas, bibliotecas, universidades populares y otras instituciones de la cultura, editoriales y periódicos, etc. Supieron vincular la propaganda y la agitación a la acción inmediata orientada a satisfacer las necesidades más apremiantes de los trabajadores, fundamentalmente de los urbanos, movilizadas en buena medida gracias a esta labor, pero no pudieron o no supieron darle una organización de combate verdaderamente transformadora a una clase a la que contribuyeron decididamente a constituir (...) sin tener una

Para el fundador del PS, Juan B. Justo –según Aricó– la clave fundamental para modificar la situación técnico-económica era la recomposición del sistema político. La modernización del conflicto social implicaba incorporar una propuesta de profundas reformas estructurales en la propiedad agraria, de lo que se desprendían dos consecuencias importantes: 1) la necesidad de extender organizativa y políticamente la acción socialista al mundo rural, con la consiguiente incorporación de los trabajadores del campo a las filas del partido; 2) una propuesta de bloque social entre trabajadores urbanos y pequeños y medianos productores agrarios. No obstante el diagnóstico –que muestra la lucidez, flexibilidad y consecuencia del pensamiento justista–, el eje de la estrategia socialista fue puesto en la acción educadora, como garantía del pasaje hacia una ideología política socialista, y en el parlamentarismo sin capacidad de desafío para gestionar, como espacio unívoco de la acción política, incluyendo una ingenua y difícilmente comprensible “neutralidad” en lo sindical. Una mirada eminentemente iluminista, que signó también su interpretación de los populismos.

Aricó también señala que ese ambicioso plan fracasó, y se pregunta por las razones. Entre sus conclusiones ofrece una clave que es muy sugestiva, y que debería operar como una señal de advertencia para los socialistas de hoy: el énfasis que se puso en lo “pedagógico”, en lugar de lo económico y lo social, simplificó la interpretación de la complejidad de la estructura del naciente país y llevó a la acción socialista a creer que “educando a las masas” y canalizando el conflicto social a través del Parlamento, se avanzaría en democratizar la sociedad, paso previo e indispensable para una futura sociedad socialista.

Esta hipótesis, dice Aricó, condenaba el encomiable esfuerzo socialista a la esterilidad<sup>18</sup>, y signaba su carácter de inveterada oposición, además de enturbiar su forma de relacionarse con las otras fuerzas políticas nacionales, que lo llevó –ante la inesperada, inexplicable e incómoda experiencia de los populismos, yrigoyenista primero y peronista después– a aliarse con grupos y clases claramente contrapuestos, para articular en contra de los sectores sociales que debían ser los sujetos de la transformación. En palabras de Aricó: “Justo es arrastrado a una simplificación

---

clara conciencia de ello, apostaron simplemente a la democratización de la vida ciudadana y a la organización de las clases populares. Pero vale la pena reconocer que en esa apuesta estuvo acaso la mayor de sus virtudes” .

José Aricó, *La hipótesis de Justo*. Ed.Sudamericana, 1996.

<sup>18</sup> “Quedó fuera de su programa y de sus perspectivas a corto o mediano plazo el problema de la conquista del poder. Comprendió que el Partido Socialista no debía ser un partido de oposición sino la dirección política de una clase que debía orientar a toda la sociedad; pero estuvo siempre ausente en él una visión de la complicada dialéctica a través de la cual el proletariado puede transformarse en una fuerza hegemónica en la sociedad democrática burguesa”. Aricó, op. Cit.

iluminista, y en el fondo paternalista, de los términos complejos en los que se produce la maduración política de las fuerzas sociales”<sup>19</sup>.

La crisis del 30, la denominada Década Infame en Argentina, la irrupción urbana de colectivos sociales autóctonos migrados desde el interior y el agotamiento de un Estado que se resistía a reflejar estos cambios en su estructura, dieron el marco propicio para el surgimiento de un movimiento como el peronismo que fuera posteriormente tomado como caso paradigmático de populismo. El socialismo argentino vio surgir e identificó, otra vez, como enemigo principal, al liderazgo carismático que seducía con reivindicaciones sencillas y prácticas (demagógicas, para la mirada del PS) a esos sectores a quienes los socialistas no habían podido “educar” para que “comprendieran” la necesidad y la posibilidad del socialismo.

### **Diagnóstico y desafíos del socialismo**

Junto a los peores rasgos del peronismo gobernante (autoritarismo, discrecionalidad, nepotismo, culto a la personalidad, corrupción, etc) se concretaban reivindicaciones sociales largamente gestionadas sin éxito por el socialismo; una inédita participación de las clases subalternas en el ingreso nacional; así como también medidas económicas estratégicas bajo la concepción de que el Estado debía ser un actor de importancia en lo económico y en el desarrollo de la infraestructura productiva, lo cual explica la adhesión de los trabajadores y la migración de numerosos dirigentes, militantes e intelectuales socialistas al peronismo.

Hay quienes ven en la fusión de los proletarios europeos inmigrantes y los autóctonos venidos del interior, el surgimiento de un nuevo sujeto social original que viene a ser interpretado y representado por el peronismo. El Partido Socialista tardó mucho tiempo en lograr una interpretación más o menos correcta del fenómeno, y en el camino quedó fuera de la representación parlamentaria en la que había depositado tantas esperanzas de transformación gradual<sup>20</sup>. Los debates en el seno del PS

---

<sup>19</sup> “El socialismo que precedió a la crisis del treinta —cuando hablamos de tal no nos referimos exclusivamente al partido de Justo, sino también a corrientes que, como el anarquismo, el sindicalismo y el comunismo, defendían proyectos finalistas orientados al logro de una sociedad socialista— se mostró incapaz de diseñar una estrategia orientada a dilatar en la teoría y en la práctica las funciones de la clase obrera argentina, no sólo aquellas referidas a su definición económico-corporativa (políticas, sindicales, cooperativas y culturales), como hizo precursoramente Justo, sino aquellas otras que podían convertirlas en una clase nacional, esto es, en la fuerza dirigente de un nuevo bloque social y de un nuevo proyecto de sociedad. Las limitaciones de su pensamiento, que eran también y en buena parte, limitaciones de la propia realidad, impidieron a Justo tener una concepción certera de esta funcionalidad “hegemónica” de la clase obrera y de los trabajadores en general. Hoy sabemos hasta qué punto esto constituyó un límite de todo el socialismo. De todas maneras, lo que rescatamos de su pensamiento y de su acción fue la lucidez y la integridad moral con que defendió un proyecto de democratización radical de la sociedad argentina de la que el proletariado y el partido político que contribuyó a fundar debían ser los protagonistas fundamentales”. Aricó, ídem.

<sup>20</sup> El PS llegó a tener 43 diputados nacionales en 1932, por la abstención radical tras el golpe contra Yrigoyen.

comenzaron a hacer estragos en su inserción real en la sociedad. Prontamente las múltiples divisiones hicieron desaparecer al socialismo de la vida política argentina.

Paralelamente a esos procesos se producían las manifestaciones iniciales de un nuevo proceso surgido en el seno del socialismo en pleno apogeo del populismo peronista, que recién varias décadas después cuajará en el intento más coherente de reconstrucción de un Partido Socialista en serio en la Argentina, en el que el diagnóstico correcto se entrelazara con una praxis política consistente con ese diagnóstico. El paso inicial lo daba un grupo de jóvenes socialistas encabezado por el dirigente político que más hizo para que los socialistas comprendieran el fenómeno peronista –Guillermo Estévez Boero–, con palabras como: “A Perón lo han volteado por lo bueno que ha hecho y no por lo que faltaba o dejaba de hacer”<sup>21</sup>. Durante muchos años esa intuición correcta se expresará en contradicciones o posiciones difíciles de comprender para los socialistas de las distintas tendencias, en enconos extendidos por décadas, y que ocasionalmente, aún muestran sus ramalazos en la actualidad<sup>22</sup>.

De todos modos, si bien el análisis del proceso populista genera múltiples interpretaciones, no admite duda lo que surge del análisis de los procesos desatados en Argentina luego de sus derrocamientos: la restauración del estado oligárquico y altamente sujeto a los dictados del poder económico internacional, para cuya

---

<sup>21</sup> "En 1955 habían surgido en el seno del movimiento universitario análisis y actitudes críticas a la postura de los organismos estudiantiles ante el gobierno justicialista. En ese año el país sufre las consecuencias del golpe de Estado 'Libertador'. Son diversos mantos de la antihistoria: algunas veces vienen como 'libertadores', otras como 'reorganizadores', otras veces como 'procesos'. En fin: siempre el mismo intento retrógrado bajo diversos disfraces. (...) Durante todo el proceso nacional y popular del justicialismo, la juventud universitaria había estado en la vereda de enfrente.(...) Cuando se da el golpe del 55, hubo organismos estudiantiles que no lo apoyaron. Dijeron: 'a Perón lo han volteado por lo bueno que ha hecho y no por lo que faltaba o dejaba de hacer. No lo bajaron porque había nacionalizado poco la economía nacional, sino porque había nacionalizado demasiado. Los universitarios que comprendieron esta realidad asumieron el compromiso de bregar para que el divorcio entre el movimiento universitario y los sectores populares no volviera a reiterarse. Así nace el Movimiento Nacional Reformista". G. Estévez Boero, *Acerca de la Universidad, cuaderno VI*, pág. 13. Ediciones MNR, 1985.

<sup>22</sup> Por poner algunos ejemplos: siendo dirigente juvenil Estévez Boero participa con Dardo Cúneo en 1953 de un intento por comprender al peronismo. Pocos años después, tras la Revolución “Libertadora” (en la que ocuparon cargos destacados socialistas como Alicia Moreau, Carlos Sánchez Viamonte o Alfredo Palacios) se convoca a Convención Constituyente tras derogar la Constitución Justicialista del 49. Estévez Boero concurre a elecciones pero no con el PS, sino con el Partido de los Trabajadores, que logra colocar como convencional a Juan Carlos Deghi, luego desaparecido durante la dictadura del 76. Poco después, se funda el MNR, y en los primeros años de la década del '60, se intenta conformar un grupo (el Movimiento de Liberación Nacional) con la madre de Ernesto Che Guevara entre otros convocantes. Recién en 1972 los ex dirigentes del MNR concurren junto a otros sectores del PSA, ya atomizado, a la formación del Partido Socialista Popular, que en las elecciones de 1973 ya se encontraba dividido en dos fracciones, y la encabezada por Estévez Boero expresó su apoyo a la fórmula Perón-Perón. De la oposición directa y destituyente al populismo se había pasado a la adhesión expresa a la fórmula del PJ. Por el contrario, el PSD –la fracción más intransigentemente antiperonista del PS– proporcionó funcionarios a la dictadura más atroz de la historia argentina, con su titular Américo Ghioldi, como embajador en Portugal. Aun en 1983, el PSP intentó llevar en su boleta la fórmula del PJ (Luder-Bittel), pero como la justicia no lo autorizó, postuló a Estévez Boero – Rossi.

concreción se necesitó implantar un régimen de terror en oportunidad de la última dictadura. En la actualidad, en nuestro país, asistimos al curso de un proceso que posee la mayoría de las características que se atribuyen al populismo y nuevamente impulsa al socialismo al debate y a la necesidad de no equivocarse en la valoración respecto del mismo, so pena de caer presa de uno de los dos polos que la lógica binaria del discurso oficial ha impuesto, fortaleciendo involuntariamente de esta manera el modo de interpretar la realidad mediante un esquema de baja complejidad, siendo que lo que caracteriza a los fenómenos sociales de la modernidad es la alta complejidad.

Lejos ya de dogmatismos, del *diamat*<sup>23</sup> y de esquemas como el “centralismo democrático”, seguramente lo más saludable en este caso es un repaso del ideario socialista y cómo se articula en la actualidad en un mundo globalizado en el cual uno de los componentes del trípode (política, economía y territorio) de soberanía de los estados nación, el económico, en gran medida se encuentra en manos del poder económico internacional, representado por empresas multinacionales, organismos reguladores del comercio mundial, organismos multilaterales de crédito como el Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional, banca privada y calificadoras de riesgo.

Una Europa quebrada en lo económico y un retroceso en lo que respecta al Estado de Bienestar como nunca se conoció, una Europa que en vez de poner en el banquillo de los acusados a los bancos ha puesto en el banquillo de los acusados al Estado de Bienestar, justamente para salvar bancos<sup>24</sup>, y unos partidos socialistas que no han podido contrarrestar ninguno de los avances neoliberales posteriores a la caída del muro de Berlín –por expresarlo en términos benévolos, ya que a algunos de ellos se los podría imputar de ser parcialmente responsables del actual estado de cosas, como lo hizo la joven dirigente de la IUSY Beatriz Talegón<sup>25</sup>–.

Una América Latina con un cúmulo de países cursando diferentes experiencias que aparecen como las únicas reacciones tendientes a concretar un avance en la

---

<sup>23</sup>“Diamat” era la abreviatura utilizada para referirse al “materialismo dialéctico”, la filosofía “oficial” de la antigua Unión Soviética. En relación con esta construcción –la versión cristalizada del marxismo que se incorporó como doctrina oficial del capitalismo burocrático estatalista ruso hasta su caída final en 1991, es altamente recomendable el ensayo de Herbert Marcuse *El marxismo soviético*. Revista de Occidente, 1967.

<sup>24</sup> El presidente de nuestro Partido, Hermes Binner, lo planteó con justeza en la reunión de la Internacional Socialista: “¿Debemos seguir salvando a los sistemas financieros nacionales causantes de la actual crisis europea y que la crisis la paguen los más pobres incrementando así la desigualdad?”. Discurso reproducido en el sitio de La Vanguardia del PS (disponible en <http://www.vanguardiaips.com.ar/socialismo-siglo-xxi/>)

<sup>25</sup> Entrevista a Beatriz Talegón (Presidenta de la IUSY). Disponible en <http://www.vanguardiaips.com.ar/entrevista-a-beatriz-talegon-presidenta-de-la-iusy/>

satisfacción de necesidades históricas de sus pueblos, basadas principalmente en la disponibilidad de importantes ingresos derivados de altos precios de productos primarios, al punto de que hoy, para muchos, son el modelo de resistencia y contraproyecto frente a la globalización y el poder económico transnacional. Un planeta sometido a una serie de tensiones ambientales muy graves derivadas de un modelo de crecimiento y desarrollo basado en el consumo creciente y en la explotación indiscriminada e irresponsable de los recursos naturales.

En este contexto, el socialismo debe dar forma concreta a su ideario de más igualdad, más solidaridad, eliminación de la pobreza y la indigencia, más calidad de vida, más justicia social, más equidad, inclusión social de los marginados y las minorías; respeto real a los derechos humanos, eliminación de la corrupción en el manejo de los recursos públicos, adopción de un tipo de desarrollo que no sea mero crecimiento económico ni un objetivo en sí mismo, sino un medio para la satisfacción de las necesidades humanas de manera sustentable en el tiempo y con responsabilidad intergeneracional.

### **Un repaso por las fuentes del actual socialismo argentino**

En 2002 los dos principales troncos en los que se había dividido el viejo PS se reunificaron, constituyendo nuevamente un partido socialista sin otros adjetivos. En su interior se siguieron desarrollando procesos caracterizados por reacomodamientos y reordenamientos de dirigentes y sectores preexistentes, donde la vieja línea divisoria (PSP-PSD) rápidamente perdió sentido. Sectores antes enfrentados dentro del PSD encontraron afinidad con otros que a su vez mantenían tensiones dentro del PSP y ello se tradujo en cruces que fueron borrando aquella referencia; del mismo modo, el crecimiento, la incorporación de numerosos sectores sin participación previa o con otro origen partidario fue configurando un nuevo perfil organizacional, con una amplia diversidad de pensamiento. No obstante, en los principales ejes de la mirada política, histórica y filosófica del socialismo argentino actual, se percibe la influencia de las ideas de Guillermo Estévez Boero.

Esas ideas tuvieron un largo proceso en el transcurso del cual produjeron una masa crítica de enfoques, a veces contradictorios entre sí o alejados de las fuentes y partes que constituían la vertiente original; así, se fueron modificando y enriqueciendo, con un papel fundamental de Estévez Boero en la elaboración, definición y síntesis de esa línea política, en especial a partir de los años 80, cuando la sombra terrible de la dictadura ya no contaminaba la vida política en la Argentina.

En la actualidad, para los socialistas argentinos del siglo XXI, hay un consenso importante en que debemos avanzar hacia formas más abiertas de organización

partidaria, en las cuales los socialistas realmente existentes (los afiliados activos) tengan una mayor participación en la vida del partido. Esto significa que puedan tomar parte de cada vez más debates acerca de las decisiones que toma el partido.

Muchos de los abordajes filosóficos que décadas atrás se consideraban “claves” para cualquier militante socialista, hoy resultan incorrectos desde una perspectiva epistémica actualizada y contienen consideraciones discutibles o francamente archivadas por la historia. Una expresión promisorio de ello lo constituye la actualización realizada en el abordaje político sobre la concepción que anima al socialismo en la actualidad, en el documento aprobado en el Congreso de Unidad, en 2002, bajo el título *Los valores del socialismo*<sup>26</sup>. Allí se expresa que “el socialismo aspira a un orden social donde las personas, como ciudadanos e individuos, puedan influir tanto sobre el desarrollo social como sobre el trabajo de su vida cotidiana. Aspiramos a un orden económico donde cada persona como ciudadano, asalariado y consumidor pueda influir sobre la producción y su distribución y sobre la organización y condiciones de su vida laboral”. El enunciado parece remitir a una doble referencia: por un lado, a la definición técnica del socialismo que proponía Durkheim al entender como socialista a toda doctrina que reclama “la incorporación de todas las funciones económicas, o de algunas de ellas que actualmente son difusas, en los centros directores y conscientes de la sociedad”<sup>27</sup>. Por otro, a la famosa frase del Manifiesto donde Marx define cómo será la futura sociedad socialista: “una asociación en la que el libre desarrollo de cada uno sea la condición del desarrollo libre de todos”.

Toda organización política que merezca ser comprendida como tal, evoluciona, cambia y revisa sus presupuestos conceptuales en determinado momento. En el transcurso del positivo proceso de evolución ideológica que antes mencionábamos, hubo un quiebre fundamental cual fue el abandono de la dogmática marxista-leninista. A continuación intentamos reseñar las principales líneas de pensamiento que orientaron ese proceso evolutivo, y que a nuestro juicio resumen el principal aporte del PSP y del MNR a la construcción del núcleo central del pensamiento que hoy expresa el Partido Socialista de la Argentina.

La aspiración fundamental del PSP y de su fundador era la de vincular sin contradicción la denominada “causa nacional” con la “causa social”, cuyo divorcio

---

<sup>26</sup> Fue elaborado por la Comisión de Programa para la Unificación del Socialismo y aprobado en el “Congreso de Unidad” Realizado el 14 de septiembre de 2002. Buenos Aires – Argentina. Disponible en el sitio: <http://www.partidosocialista.org.ar/partido/programa/>

<sup>27</sup> Emile Durkheim, *El socialismo*. Ed. Akal. Madrid, 1987.

constituía –en esa interpretación– el eje de la incompreensión de la realidad argentina por parte del antiguo Partido Socialista. Por ello las reivindicaciones “nacionalistas”, el reemplazo del rojo socialista tradicional por “la celeste y blanca”, las viejas citas de Manuel Ugarte, Jauretche o Scalabrini Ortiz (actitudes que desde otros sectores socialistas eran vistas como “concesiones al peronismo”), la simbología partidaria vinculada a los ejemplos históricos, al Martín Fierro, etc. y hasta la adhesión inmediata a la “causa Malvinas” en 1982, fueron parte de esa intención de reconciliar al socialismo con “lo nacional”.

Lo cierto es que se estructuró una nueva perspectiva (histórico-política) desde el socialismo sin poner demasiado énfasis en la crítica a la vieja visión del PS argentino. Esa nueva mirada sobre la historia, donde los líderes populistas ya no eran caracterizados como “enemigos de la clase obrera” (Yrigoyen) o “líderes demagógicos o fascistas” (Perón), y a cuyos movimientos se los comienza a apreciar como avances reales en relación con la situación de la que emergieron, caracterizan al PSP desde su origen, lo diferencian claramente del socialismo “gorila”, y –a falta de bibliografía sistemática o de estilo ensayístico, más propia de otros sectores de la izquierda argentina– se expresan con claridad (y a la vez con sencillez) en publicaciones como *Realidad Política Argentina*, una charla de Guillermo Estévez Boero del año 1971, donde se analiza el proceso histórico argentino durante el siglo XX, desde el punto de vista de las clases sociales en pugna, dando lugar a conclusiones que luego sustentan la tesis central del PSP: “el Frente del Pueblo”.

Las consecuencias tácticas de ese enfoque, y “la tesis del Frente del Pueblo”, se expresan en *Rectificar la práctica para construir el Partido de los Trabajadores*, y en *Unir a los argentinos en un Frente del Pueblo*, ambos documentos aprobados en el 2do. Congreso Nacional Partidario, en 1975. El análisis del proceso histórico nacional desde el punto de vista del PSP se profundiza en *Argentina en el tiempo*, que es de 1979. En una síntesis muy apretada, “la tesis del Frente del Pueblo” sostiene que el avance de la Argentina en términos de su “liberación nacional y social” (ésos eran los conceptos de la época) se obstaculizaba por los desencuentros entre los dos grandes protagonistas de “las mayorías nacionales” (la clase obrera y los sectores medios), cada uno de ellos expresado históricamente por los gobiernos populares del peronismo y el radicalismo, los cuales se excluyeron mutuamente, aliándose con otros sectores sociales y por ello debilitándose, razón por la cual fueron derrocados por “los monopolios y su socia nativa, la oligarquía” (textos posteriores los calificaban como los sectores “del privilegio, de adentro y de afuera”). En ese entendimiento, “la tesis del Frente del Pueblo” no proponía un acuerdo electoral, sino un gran acuerdo nacional, que en la práctica expresara la programática común. Parte de los elementos que daban sustento a esta tesis están dados en que, por ejemplo, no había más que



matices de pinceladas finas entre la propuesta radical de avanzada (el Programa de Avellaneda de Lebensohn y Larralde), las banderas justicialistas de justicia social e independencia nacional (expresadas en el contenido social de la Constitución de 1949) y el programa mínimo del socialismo.

De alguna manera, esa tesis “del Frente del Pueblo” como acuerdo programático poselectoral para la gestión de gobierno, donde se acordara entre las grandes mayorías “un programa de liberación”, evolucionó (o acompañó de manera concomitante) a otro aspecto central del progreso filosófico del PSP: la idea de que la democracia no era una reivindicación burguesa, sino la base, “los cimientos de la ideología socialista, y sus ideales tienen que caracterizar la vida social en toda su extensión, política económica, social y culturalmente”, como lo expresó en 2002 la declaración mencionada. Así se recuperaron los conceptos de los Consejos Políticos, Económicos y Sociales, “multipartidarios y multisectoriales”, en donde se procurara alcanzar esos mismos objetivos, aunque con una retórica adecuada a los tiempos. De hecho, el socialismo presentó ese proyecto en el Congreso Nacional e incluso en la Reforma Constitucional de 1994, sin que prosperara la iniciativa.

Como puede verse, lejos estaba esta mirada de incorporar la crítica al populismo; de hecho esa palabra brilla por su ausencia en las expresiones públicas de la fuerza política y sus predecesoras (MNR, MAPA, PSP) durante casi medio siglo.

A la vinculación de la causa nacional con la del socialismo, se le incorporó la “causa democrática”, la comprensión de que los cambios impuestos de manera forzada no son duraderos y que sólo la construcción de consenso social y respeto a la voluntad popular posibilitan la transformación, porque “el socialismo no es un hecho inevitable de la historia”, sino el fruto de “una acción militante colectiva, permanente, persistente y coherente”. Esto último es una cita de *Democracia y Socialismo*, declaración del Comité Nacional de 1987, que marca el quiebre al que referíamos antes.

Al profundizarse esta concepción, fue necesario abandonar los esquematismos, la pretensión de política “científica”, la idea “revolucionaria” y requirió una clara toma de posición reformista en el histórico debate de la izquierda mundial (“reforma” o “revolución”). Así, se profundizaba la concepción del socialismo como extensión de la democracia en los fundamentos del proyecto de Consejo Económico, Social y Político (de 1988), y completaba este panorama con una visión global y actualizada que ponía al día al Partido como miembro de la Internacional Socialista, entendida ahora como un foro de encuentros de quienes adhieren a ciertos valores comunes, y no como un ámbito resolutivo de estrategias globales.

Se recuperaba de ese modo lo mejor de la actitud de Juan B. Justo: “Nos alejamos así de las fórmulas simples, de las doctrinas esquemáticas, y vamos desarrollando un método popular de acción histórica, tan vasto y complejo como lo exijan las circunstancias. El problema del socialismo no es en este país ni en otro alguno, poner en práctica un plan concluido y perfecto de organización social. Aquí y en todas partes, el socialismo es este problema infinitamente más vulgar y por eso mismo más trascendente: ¿cuáles son las formas de actividad industrial y colectiva que han de elevar el desarrollo físico e intelectual de la población?”<sup>28</sup>. Y entroncaba con una definición del propio Marx, retomada a su manera en la declaración ya citada, *Democracia y Socialismo*: “Para nosotros, el socialismo no es un 'estado' que deba implantarse, un esquema 'ideal' preexistente al que ha de sujetarse la realidad, sino un movimiento real que supera el estado actual de cosas. (...) El socialismo, como el mundo, no podrá ser creado en un solo día. Su construcción no es como la de una casa. Ella consiste en liberar, no en crear, las energías sociales ya existentes, los elementos de la nueva sociedad contenidos en la vieja sociedad y en coordinarlos hacia delante. Nuestro socialismo no llega como un accidente histórico-geográfico, sino que se abre paso en la conciencia de nuestro pueblo, poco a poco, con mucho esfuerzo militante, con mucha fe, con mucho amor y vocación de servicio<sup>29</sup>”.

Un abordaje actualizado desde la mirada socialista debe superar el dualismo, la idea de que las problemáticas que nos afectan sólo incluyen dos respuestas posibles. Eso, que en filosofía se conoce como “dicotomía”, es un modo de análisis de la realidad que ya no resiste una perspectiva compleja. En las interpretaciones simplistas del marxismo (lo que Gramsci llamaba “materialismo vulgar”) se aspiraba a diferenciar “contradicciones principales” de “contradicciones secundarias”<sup>30</sup>. Una mirada de ese tipo diría así que la contradicción principal aparece hoy como “republicanismo versus populismo”, y en ella entonces, el socialismo debe optar por uno de los dos extremos propuestos. Una variante más sofisticada podría esbozar que, en realidad, el republicanismo consecuente es idéntico al socialismo, y por lo tanto, la contradicción principal será “socialismo versus populismo”.

---

<sup>28</sup> Citado por Dardo Cúneo en *Juan B. Justo y las luchas sociales en Argentina*. Ed. Solar, 1997.

<sup>29</sup> *Democracia y socialismo*, 1987. Comité Nacional Partido Socialista Popular. Marx había escrito: “Para nosotros, el comunismo no es un 'estado' que deba implantarse, un 'ideal' al que haya de sujetarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento 'real' que anula y supera al estado de cosas actual”. Carlos Marx en *Ideología Alemana*, Ed. Pueblos Unidos, Montevideo.

<sup>30</sup> Quizás pueda resultar una obviedad, pero es necesario asentar con claridad que la evolución de nuestra organización y los presupuestos epistemológicos de los abordajes actuales no implican en absoluto el abandono de las herramientas analíticas que ofrece el marxismo. Por el contrario, eso sería –como dicen los anglosajones– “arrojar el bebé junto con el agua sucia”.

Para comprender las limitaciones de esta perspectiva digámoslo de este modo: si en efecto el principal problema es el populismo, no hay argumento que justifique la fragmentación de quienes se oponen a él. Por ende, deberíamos participar (o incluso, ser los principales impulsores) de un gran “Frente del No” que desaloje del poder al actual populismo.

¿Por qué afirmamos esto? Porque si cualquiera de esas dicotomías fuera aceptada como la que caracteriza a la situación actual de la Argentina, ello implicaría el imperativo categórico de llevar adelante como estrategia del PS la coordinación o articulación con todos aquellos sectores o partidos dispuestos a enfrentar al término antagónico definido en la dicotomía.

Los compromisos fácticos de ese encuadre están en evidente contradicción con la línea política definida por el PS en la actualidad, que es la construcción de un gran frente de izquierda democrática, en donde no hay lugar a confusiones que se expresen en una alianza con aquellos que ven como “desaciertos populistas” los que nosotros visualizamos como avances que deben ser mejorados, garantizados o incluso corregidos. Retomando aquella frase de Estévez Boero: definir al actual populismo como “el enemigo central” implicaría unirnos a quienes le cuestionan “lo bueno que ha hecho” y no “lo que falta o deja de hacer”.

La superación de ese enfoque dicotómico tiene mucho que ver con la recuperación de la lectura adecuada del aporte marxiano, que incorpora la noción de complejidad en su marco analítico y explicativo, abandonando rasgos inconsistentes en la aplicación de la dialéctica, tales como las explicaciones omnicomprensivas o monocausales, así como el dualismo inherente a dicho esquema.

### **Fuera del callejón**

Aceptada la polisemia<sup>31</sup> de conceptos como “republicanismo” o “populismo”, parece claro que no estriban allí las causas de los males que nos aquejan como sociedad. Si algo ha caracterizado históricamente al socialismo es no haberse dejado encandilar por los efectos y centrarse en las causas de la injusticia, de la desigualdad, de la pobreza y de la marginalidad. Siempre estas causas han estado relacionadas con un modelo de producción y un modelo de la apropiación de los recursos naturales y de la riqueza producida socialmente, y en esa dirección es que el socialismo ha pretendido ser una alternativa al modo capitalista de producción y apropiación de la riqueza producida socialmente.

---

<sup>31</sup> Multiplicidad de significados.

En la actualidad, en la Argentina, el socialismo tiene enormes responsabilidades, a saber: ser fiel a su ideario, centrarse en las causas de lo que pretende revertir, generar esperanzas en la sociedad y demostrar que una forma distinta de hacer política y gestionar lo público es posible, no caer en la tentación de la promesa de resolución inmediata de los problemas tan propia de los denominados populismos, lo que quiere decir, entre otras cosas, no mentirle a la sociedad en procura de votos porque haríamos nuestro, uno de los aspectos más reprobables del populismo; y lo que es más importante: debemos encontrar el modo de generar los consensos que hagan posibles los cambios que imaginamos para la sociedad, y dentro de ella, el mensaje que pueda convocar a todos aquellos que están reclamando que las cosas cambien.

Como se puede ver, no es una cuestión de fácil resolución. En cierta medida se trata de lograr una diferenciación clara de los discursos de la derecha que pretende dejar incólume el estado de cosas surgido de la desigualdad y la insolidaridad social porque es beneficiaria de este estado de cosas. Una derecha que hoy enfrenta al populismo con ánimos de restauración del paraíso neoliberal perdido, para lo cual se abroquelaba en un discurso republicano, aludiendo a una república ideal quizás nunca concretada en ningún lugar, apareciendo como una opción “responsable” que no propone la inmediatez de la resolución de los problemas como lo hace el populismo, ya que lo que sugiere es esperar los tiempos necesarios para la evolución de las cosas. La sociedad ya tiene experiencia acerca de esto, al punto de que se puede sintetizar con algunas frases de antología como ser: “Hay que pasar el invierno”, “estamos mal pero vamos bien” o “hay que esperar el derrame”. En esta cuestión es clave que el socialismo no se quede en un discurso meramente republicano porque aparecerá mimetizado con una derecha que nuestra sociedad ya ha rechazado.

Centrarse en las causas de lo que queremos cambiar en nuestro país también quiere decir no distraernos más de lo que la cuestión merece, en los efectos. No cabe duda de que mientras se construye la solución definitiva de los problemas debemos adoptar soluciones coyunturales que muy probablemente no vayan al fondo de la cuestión. Lo que no podemos hacer es quedarnos en lo coyuntural pensando que hemos dado debida respuesta a los problemas. Centrarse en los efectos es lo que hace la derecha cuando, por ejemplo, frente al problema de la inseguridad sólo puede proponer incremento de penas y construcción de más cárceles; o lo que hace el populismo ante un problema inflacionario: techo a las actualizaciones salariales y precios por decreto, además de manipular las cifras del INDEC.

Afrontamos el desafío de diferenciarnos de la derecha y del populismo, en el discurso, en la propuesta y en la práctica política. La diferenciación con la derecha no

ofrece mayores dificultades; el desafío se centra entonces en diferenciarnos del populismo sin aparecer hermanados con una derecha con la cual no tenemos nada que ver y que será nuestro eterno y verdadero adversario.

Diferenciarnos del populismo no implica que creamos que éste es la razón y la causa de la pobreza, de la desigualdad, de la marginalidad, de la injusticia social, del modo de producción, del modo de apropiación de la riqueza social ni el generador de una sociedad de consumo absolutamente insustentable desde el punto de vista ambiental. Por el contrario: parece claro que el populismo ha aparecido como un intento de respuesta –que los socialistas no compartimos– a las injusticias generadas por el capitalismo. En ese sentido, lo que los socialistas debemos volver a discutir es el reconocimiento de la estructuración social y económica capitalista como causa profunda de esta situación actual, sostenida y agravada por un poder económico y financiero internacional hoy corporizado en empresas multinacionales que superan, con mucho, el poderío de los estados.

También podemos compartir que el fenómeno del populismo en muchas ocasiones ha funcionado como cortina de humo que difumina y desdibuja ante la percepción social a los verdaderos responsables y beneficiarios de este estado de cosas, ya que haciendo uso de un discurso agresivo en su contra, nunca ha accionado sobre la esencia de su poder.

Una política populista que despotrica contra el poder internacional y que basa el dinamismo de la economía argentina en el consumo, en la producción de automóviles, en el monocultivo de la soja y en la explotación minera, de ninguna manera está construyendo un modelo de futuro, sólo está navegando en la coyuntura y “mañana se verá qué gallo canta”. Claramente no es un modo serio ni responsable de proyectar la vida de una sociedad, mucho menos de avanzar en el sentido de dar pasos irreversibles hacia mayores niveles de libertad, igualdad, garantía de derechos y solidaridad social. En ese sentido, quizás parte de los elementos estratégicos que el socialismo se fije tengan que ver con denunciar al populismo no como un mal en sí mismo, sino como un emergente del propio capitalismo, que bajo discursos incendiarios y de ruptura, mantiene –en lo económico– intacta la estructura productiva y social que da origen a la desigualdad y la dependencia en nuestras sociedades; agrava –en lo institucional– males históricos como el centralismo y la burocratización de las decisiones; recorta –en lo conceptual– derechos a los ciudadanos y presenta sus avances concretos como “beneficios” –con la brecha enorme que existe entre ambos conceptos; consolida la “democracia delegativa” presentándose falsamente como alternativa a la democracia representativa, en lugar de avanzar en una concepción más robusta de democracia –que jerarquice la

deliberación y no el voto–; y contribuye, en última instancia, a oxigenar al capitalismo. A un capitalismo que ya ha insinuado los límites de su crecimiento irracional, que coloca a la humanidad –y no por obra de una escatología marxista, sino por imperio de las circunstancias– en una disyuntiva crucial: la salida del capitalismo ya comenzó, como advirtió André Gorz, y de nosotros depende que sea hacia un nuevo tipo de sociedad, o hacia una catástrofe ambiental y humana sin precedentes<sup>32</sup>.

El Partido Socialista debe tener la valentía de reformular algunos de sus horizontes normativos, retomando un aspecto que –en nuestro entendimiento– contribuía a su fortaleza en los inicios del siglo XX: la idea-fuerza de un Programa, que establezca en puntos comprensibles y sencillos los motores de la acción política, en sus dos dimensiones: **ética y épica**. Un programa que convoque a erradicar la pobreza, no a reducirla; que incorpore la valentía de decirle a la sociedad que el camino del consumo y la explotación de los recursos naturales lleva al abismo, y que es posible vivir de otra manera; la valentía de decirle a los intelectuales y a los empresarios nacionales que la sumatoria de las decisiones individuales respecto de qué investigar o qué producir, es incompatible con los ideales consagrados en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, base ética de un acuerdo que reconcilie a la libertad y la igualdad; la valentía de decirle a la sociedad que la propiedad y el interés social están por encima de la propiedad y la decisión privada.

El Partido Socialista, parado sobre sus mejores tradiciones, debe asumir la importancia de recoger el camino inconcluso sobre lo ya acordado socialmente. Porque la sociedad argentina ha consensuado –y lo plasmamos en la ley– que el agua es de todos (derecho humano reconocido por la ONU); que el aire es de todos (plasmado en la Ley de Comunicación Audiovisual); que todo lo que hay debajo de la tierra es de todos (incluido en la Constitución)... Si lo que está arriba, lo que está debajo y las aguas que la recorren son de todos, entonces es hora de comenzar a plantear que la tierra es también de todos. Avanzar hacia una nueva concepción de riqueza social, donde el trabajo esté claramente despegado del ingreso. Donde la cooperación sea el paradigma, y no la competencia. Y sobre todo, es hora de que el socialismo le diga a la sociedad que esto es posible, que enorme cantidad de experiencias sociales lo demuestran a lo largo y a lo ancho del planeta, como lo destaca la premio Nobel Elinor Ostrom<sup>33</sup>, en su formidable ensayo sobre “el gobierno

---

<sup>32</sup> “La reproducción del sistema choca, al mismo tiempo, contra sus límites internos y los límites externos engendrados por el saqueo y la destrucción de una de las dos “fuentes principales de las que brota toda riqueza”: la tierra. La salida del capitalismo ya comenzó sin ser aún querida concientemente. La cuestión pasa únicamente por la forma que va a tomar y el ritmo al que se va a producir.” André Gorz, *Ecológica*. Capital intelectual, 2010.

<sup>33</sup> “Elinor Ostrom ha desafiado el saber convencional conforme al cual la propiedad común es administrada siempre de modo inadecuado, por lo que debería ser ya sea regulada por una autoridad centralizada, o privatizada.

de los bienes comunes”; o como lo asevera el eminente Mario Bunge, en relación con el cooperativismo entendido como socialismo en acción<sup>34</sup>.

Entendemos como una cuestión central evitar este callejón sin salida. Si no lo hacemos así apareceremos ante la sociedad unas veces pegados con la derecha y otras veces pegados con el populismo; no seremos una alternativa, será indiferente votarnos o no, entonces se votará derecha o populismo y nunca se romperá el círculo. Los desafíos no son fáciles, y eso es lo que tenemos por delante: nunca el Partido Socialista, en la historia de la Argentina, estuvo en mejores condiciones para hacerlo que hoy.

El Partido Socialista, al haber demostrado que puede gestionar –coordinando un Frente Progresista— una de las provincias más grandes del país con priorización de la salud y la educación, sin un caso de corrupción en más de veinte años de gestión, elaborando un plan estratégico para 20 años con participación social, tiene hoy la masa crítica necesaria para exhibir ante la sociedad: tiene hombres y mujeres con dedicación al ideario socialista, con capacidad técnica y política, con aptitudes demostradas para la conducción del Estado, que nunca han sido rozados por la corrupción, que expresan y sintetizan el sentir y el pensar de viejos y nuevos socialistas.

Como decíamos, nunca el Partido Socialista tuvo tanto para ofrecer a la sociedad. Si consolidamos y hacemos crecer al Frente Amplio Progresista, si no nos tentamos por el fácil atajo de la dicotomía populista-antipopulista, seremos gobierno en condiciones de modificar profundamente a la Argentina en el sentido de más libertad, más derechos, más calidad de vida, más armonía ambiental y más calidad institucional.

---

(Contra dicha visión, y) a partir de numerosos estudios sobre acequias, bosques, pesqueras, tambos, lagos, maderas, pastizales, Ostrom concluye que los resultados tienden a ser, habitualmente, mejores que los que predicen las teorías estándar en la materia. Ella muestra que los usuarios desarrollan, de modo frecuente, mecanismos sofisticados de toma de decisiones y cumplimiento de reglas, destinados a resolver los conflictos de intereses." (Textual de los fundamentos del Premio Nobel). "Elinor Ostrom: una Nobel que derriba mitos económicos". En *La Vanguardia del Partido Socialista*, Número 1140, noviembre de 2009.

<sup>34</sup> "La construcción del socialismo no requiere la restricción de la democracia sino, muy por el contrario, su ampliación, del terreno político a todos los demás. Esto es lo que llamo democracia integral: biológica, económica, cultural y política. Semejante sociedad sería inclusiva: no habría exclusiones por sexo ni por raza, ni explotación económica, ni cultura exclusivista, ni opresión política. Se preguntará, con razón, si ésta no será una utopía más. Mi respuesta es que la democracia integral podrá tardar varios siglos en realizarse, pero que su embrión nació hace ya más de un siglo, cuando se constituyeron las primeras cooperativas de producción y trabajo en Italia, sobre la base de empresas capitalistas fallidas. Un ejemplo parecido, más reciente y modesto, es el movimiento argentino de las fábricas recuperadas; éstas fueron las empresas que, cuando fueron abandonadas por sus dueños por considerarlas improductivas, fueron ocupadas y reactivadas por sus trabajadores. Estos son ejemplos en pequeña escala de socialismo cooperativista". Mario Bunge, "El porvenir del socialismo", en *La Vanguardia del Partido Socialista*, 1142, julio de 2010.

## A modo de conclusión

En virtud del marco propuesto, en estas páginas escrutamos los presupuestos epistémicos de esa categorización, tratando de analizar críticamente la idea republicana así como los debates actuales sobre el concepto de populismo.

Así, mostramos que al repasar el término “republicanismo”, encontramos problemas similares a los que arroja el análisis del término “populismo”: en ambos casos existe una multiplicidad de significados que no permite entenderlos de modo unívoco. Ni el republicanismo puede comprenderse como una implicación de los horizontes normativos del socialismo, ni el populismo puede ser abordado sin hacerse cargo de que su empleo corriente es siempre valorativo; en cualquier caso, un abordaje desde la mirada socialista no permite subsumir las problemáticas ecosocioeconómicas de la actualidad (ni tampoco de los procesos históricos) desde una mirada reduccionista sesgada en la dicotomía “Republica vs Populismo” (ni mucho menos “Socialismo vs Populismo”).

Los desafíos del socialismo en la actualidad, tienen que ver más bien con recuperar el horizonte analítico de la sociedad de libres e iguales, y la voluntad de avanzar hacia una salida ambiental y humana del capitalismo. El nombre que le seguimos dando a esa salida posible es sinónimo de esperanza para los seres humanos desde hace casi 200 años. Siete décadas de “socialismo” en Rusia –que desemboca en un capitalismo mafioso—, medio siglo en China –que termina en un capitalismo de estado autoritario— nos muestran que allí no estaba el socialismo, como el PS argentino siempre lo marcó. A su vez, décadas de gobiernos socialdemócratas en Europa –con una enorme experiencia y aspectos altamente positivos pero que no lograron más que administrar el capitalismo— ratifican que nuestro camino pasa por otro lado: por seguir creyendo en que los seres humanos seamos capaces de construir una sociedad en la que la forma de relacionarse de las personas no sea “la codicia, el miedo o el simple cálculo de intereses”<sup>35</sup>. Pasa por reconciliar a esas hermanitas gemelas que (al decir de Eduardo Galeano) han sido obligadas a vivir separadas: conjugar, conciliar, armonizar la histórica tensión entre los valores de “igualdad” y “libertad”, sin que la concreción de uno de ellos vaya en desmedro del otro.

Hobsbawm, al estudiar el Manifiesto, 150 años después, concluyó diciendo que aunque este texto suele leerse como un documento “de la inevitabilidad histórica” del destino final del capitalismo, “en contra de las más divulgadas hipótesis, el Manifiesto alega que tal cambio histórico lo consigue el ser humano haciendo su propia historia”.

---

<sup>35</sup> R. Gargarella y L. Ovejero en *Razones para el socialismo*. Paidós, Barcelona. 2001. Pág. 14



Es decir, de lo que hagamos dependerá ese futuro que (Marx ya entrevéa) “no excluía la alternativa de ‘la ruina común’, y que años después, otra investigación marxiana reformularía como la elección entre socialismo y barbarie”. Así, entre el ‘ahora’ y el momento impredecible en el que se produzca ‘una asociación en la que el libre desarrollo de cada uno sea la condición del desarrollo libre de todos’, está el campo de la acción política<sup>36</sup>”.

El populismo no es causa, sino emergente de los males del capitalismo; mantiene intacta la estructura de desigualdad y dependencia; agrava el centralismo y la burocratización; recorta derechos a los ciudadanos y presenta sus avances concretos como “beneficios”; consolida la “democracia delegativa” presentándose falsamente como alternativa a la democracia representativa, en lugar de avanzar hacia una idea participativa de democracia; en última instancia, **el populismo oxigena al capitalismo**, un capitalismo que hace rato muestra los límites de su crecimiento irracional, que coloca a la humanidad en una disyuntiva crucial: o somos capaces de marchar hacia un nuevo tipo de sociedad, o iremos hacia una catástrofe ambiental y humana sin precedentes.

En el PS, esa disyuntiva fue expresada citando al viejo maestro Simón Rodríguez: “O creamos, o erramos”.

## Mesa Ejecutiva del Partido Socialista de Entre Ríos

Mayo de 2013

---

<sup>36</sup> “El cambio histórico a través de la praxis social y la acción colectiva constituye su núcleo. El Manifiesto contempla el desarrollo del proletariado como ‘la organización de los proletarios en una clase, y consecuentemente en un partido político’. La ‘conquista del poder político por el proletariado’ (la conquista de la democracia) es ‘el primer paso de la revolución obrera’ y el futuro de la sociedad bascula sobre las acciones políticas posteriores del nuevo régimen (es decir, cómo utilizará el proletariado su supremacía política). El compromiso con la política es lo que históricamente distinguió al socialismo marxiano de los anarquistas y los sucesores de aquellos socialistas cuyo rechazo de toda acción política condena específicamente el Manifiesto. Incluso antes de Lenin, la teoría marxiana no trataba sólo de ‘la historia nos demuestra lo que pasa’, sino también acerca de lo ‘que tenemos que hacer’. Ciertamente la experiencia soviética del siglo XX nos ha enseñado que podría ser mejor no hacer ‘lo que se debe hacer’ bajo condiciones históricas que imposibilitan virtualmente el éxito. Pero esta lección se podría haber aprendido también considerando las implicaciones del Manifiesto Comunista”. Eric Hobsbawm, *Introducción al “Manifiesto Comunista” de Marx y Engels*, Rebelión. Traducido por Enrique Prudencio y revisado por Christine Lewis Carroll.